

meros años del siglo XIX, ni le turban los elogios y los plácemes que le ha tributado el mundo filosófico; sino que constante en sus tendencias avasalladoras ha sabido transformar á su modo la teoría del movimiento, tanto de la escuela materialista como de la idealista, amalgamándose y absorbiendo los principios que ántes combatía sin consideración científica alguna. El neo-kantismo en Alemania y los nuevos materialistas en Francia, servirán para probar estas ligeras indicaciones. Los sabios de nuestros días han encontrado en las teorías é hipótesis de Kant, Fichte, Schelling y Hegel el sofisma y el error, cubiertos con pomposas y relumbrantes frases y llenos de falso y deslumbrador oropel. Quizá el primero que llamara la atención de los hombres ilustrados sobre esta engañosa fraseología de la escuela alemana idealista, fué nuestro malogrado paisano, el presbítero Don Jaime Balmes. Pocos años van trascurridos, y ha sido ya calificada también por Schopenhauer, Gruppe y Janet, de charlatanismo y sofistería; añadiendo, este último, que aquellos filósofos confundieron entre frases pomposas y en nombre de la independencia de la razón, á la *razón cristiana* que se halla á otra altura y muy por encima de semejantes aberraciones contrarias al buen sentido y á la verdadera filosofía.

Bien es verdad que durante la primera mitad de nuestro siglo, las distintas escuelas filosóficas no se habían generalizado, si bien en todos los países se encontraban personas dedicadas á sus estudios y centros oficiales donde se dilucidaban sus adelantos y sus teorías; pues las luchas políticas, en las cuales el Catolicismo salía siempre lastimado, y las leyendas inmorales y obscenas que cundían entre la clase media, absorbían la atención de las gentes y sólo allanaban el camino y preparaban medios para que las exigencias de las asociaciones de trabajadores aflojaran los lazos de unión, á fin de que desapareciera el íntimo consorcio que necesariamente debe existir entre el obrero y sus patronos, entre el labrador y sus terratenientes, entre el capital, la inteligencia y el trabajo.

Declamen cuanto gusten algunos filósofos de nuestros días, y califiquen con epítetos más ó menos fuertes y destemplados la escuela que levantó el filósofo de Königsberg. Es lo cierto, que los enciclopedistas franceses ayudados de muchos pensadores racionalistas como ellos, tuvieron avasalladas las inteligencias, absorbiendo todas las fuentes del saber, para que el escepticismo y el sensualismo materialista imperaran en absoluto. El estudio de la filosofía degeneró visiblemente, se vió postrado y perdió los alientos hasta alcanzar una superficialidad fútil y empalagosa.

Kant la levanta de tanta postración y abatimiento, le da nueva vida, y con su genio potente le comunica el impulso y actividad de que carecía. Lleno, al parecer, de buenas intenciones, aspira á combatir el sensualismo materialista

de Francia, y al propio tiempo pretende anonadar el idealismo de Berkeley y el escepticismo de Hume. ¿Pudo conseguirlo? ¿Alcanzó la meta de sus deseos y aspiraciones? Desgraciadamente sus estudios no condujeron á nada provechoso y conveniente, y sus discípulos extremaron los términos para separarse del Catolicismo. Será indudablemente el fundador de las nuevas direcciones que ha tomado la filosofía de nuestros días, excepción hecha de la cristiano-católica; enhorabuena, puesto que con ello se ha corrido el velo que ocultaba el error para enseñarnos sus deformes y abstrusas inmoralidades y los desvaríos de un desenfrenado materialismo.

En la concepción kantiana encontramos primero un dogmatismo que se aproxima á Leibnitz, y después el criticismo que da autonomía propia á la vo-



Kant.

luntad. ¡Desgraciada moral si sólo dependiera de la voluntad autónoma de cada hombre! El criticismo kantiano se inició al estudiar el espacio y el tiempo: se le llama también *filosofía trascendental*.

La *Crítica de la razón pura* es una tesis escéptico-idealista. La *Crítica de la razón práctica* y los *Principios metafísicos de la moral* comprenden toda la filosofía moral kantiana, y representan una reacción contra su filosofía especulativa. El imperativo categórico da á conocer la expresión de la ley moral que se apoya en la autonomía de la voluntad, lo cual exige la libertad como causalidad primitiva é independiente del mundo fenomenal y sensible. La ley moral reconoce como postulados suyos la personalidad sustancial del yo, la libertad, la inmortalidad del alma y la existencia de Dios.

Empero, encontramos en todo ello marcadas y flagrantes contradicciones, sobre todo en la afirmación de los juicios sintéticos; porque los más principales que se dan á conocer tienen el carácter analítico. Si como se infiere, y teniendo en cuenta lo que el autor asegura en su doctrina, no conocemos sinó aquello que es puramente fenomenal, la voluntad y la razón en su perfecto estado de simplicidad quedan oscurecidas y fuera de la categoría del entendimiento que no tiene nada de objetivo y real. Estos principios fundamentales de la razón práctica se ven destruidos por la razón teórica ó especulativa, y concluyen por no tener valor alguno.

La fase idealista de la tesis kantiana contiene la razón suficiente, y de aquí las construcciones aprioristas y esencialmente idealistas de Fichte, de Schelling y de Hegel. Y si, con efecto, es cierto que la *razón dicta é impone sus leyes á la naturaleza*, como pretende Kant en un momento de arrogancia racionalista; con igual derecho ha podido decir Fichte que el *yo* produce el *no-yo* y comunica al mundo la existencia. Schelling que el *absoluto* es una unidad primitiva ó idéntica en todo y Hegel afirmar como axioma que todo lo *ideal* es *real* y lo *real*, *ideal*.

«El *yo* de Fichte, dice el Excmo. Sr. D. Manuel Alonso Martínez, la *idea* de Hegel, el *todo* de Strauss, la *selección natural* y la *lucha por la existencia* de Darwin, y en suma, todas las hipótesis con que se intenta reemplazar al Dios del *Génesis*, son meras abstracciones, creaciones caprichosas de la fantasía que si fascinan un momento por su aparato científico, por lo vasto de su concepción y la riqueza de sus desenvolvimientos, se desploman luégo á los golpes de la piqueta del buen sentido y de la sana crítica, quedando sólo en pié y sobrenadando en el naufragio de todos los sistemas filosóficos, el Dios del Cristianismo.»

Del criticismo kantiano derivó el teísmo ideal de Renán con su exegesis particular que arrojó lejos de sí todos los elementos sobrenaturales, y la hipótesis cósmica, de Vacherot que formó el complemento anticatólico. La escuela de Tubinga, hija también de aquel criticismo, entraña las bases y premisas naturales y racionalistas del filósofo de Königsberg, y la teoría de la *moral independiente*, hoy tan recomendada, pertenece por completo á las doctrinas de Kant.

En medio del general aplauso, no todos los sabios consagrados á la filosofía aceptaron estas doctrinas, sino que muchos las impugnaron, haciendo ver sus errores y marcadas contradicciones; entre ellos mencionaremos á Eberhard, Selle y Tittel, Herder, Stattler y otros. Kant no obstante halló sus defensores en Schulz, Snelly y Born, Schiller, Reinhold, Krug y Maimon.

Jacobi dió á conocer un sistema religioso y al propio tiempo sentimenta-

lista, que en el fondo era kantiano, el cual tuvo sus partidarios en Köpper, Salat y hasta en el mismo Wagner, profesor de Würtzburg. Aquí repetiremos aquel pensamiento profundo y saturado de verdad que ha consignado el Excelentísimo é Ilmo. Sr. Arzobispo de Sevilla, R. P. Zeferino González en su *Historia de la Filosofía*: «La historia y la experiencia demuestran que la razón humana si se coloca en el terreno dogmático se viene al panteísmo de Espinoza, y si en el terreno crítico á un escepticismo que es la negación del conocimiento objetivo y real del mundo, de Dios y del hombre.»

Manuel Kant, llamado con frecuencia el filósofo de Königsberg, su patria, recibió de Dios un talento superior y privilegiado, un tesón y constancia inquebrantables, propios de los que en Alemania se consagran á la investigación tanto filosófica como científica; todos convienen que en los principios que



Fichte.

constituyen la base de sus doctrinas hubo sana intención. Sin embargo, los resultados de sus meditaciones y de sus teorías no han podido ser más desastrosas ni más perturbadoras. Hoy día la filosofía irreligiosa, la filosofía anticatólica en sus diferentes fases y direcciones, siguen de una manera más ó menos embozada ó modificada los engañosos caminos que aquel sabio les señalara, y para algunos no hay salvación posible en el campo filosófico sino se retrocede hasta alcanzar el Padre de la novísima filosofía, repitiendo algún autor, que es indispensable volver á Kant.

Digan cuanto gusten estos sabios, que en el fondo están inspirados por un espíritu de secta, los principios religiosos verdaderos son los de la fe cristiana, sin la cual el hombre no puede interesarse por nada. Tanto los librepensadores como los positivistas y racionalistas buscan esta creencia en la indestructividad de las fuerzas físicas y en la invariabilidad de sus leyes y, en sus desvaríos, sos-

tienen que en la ciencia se encuentra la religión de la humanidad. Y ¡cosa extraña! aceptan sin escrúpulo las fantásticas revelaciones naturales, como en la *oveja* y el *lobo*, y, sin embargo, les chocan las revelaciones bíblicas. El mundo sobrenatural no se menciona en los estudios racionalistas de los fenómenos cósmicos.

A pesar de todo es innegable, que en los sistemas de los discípulos de Kant se notan esenciales diferencias y distintos modos de apreciación, aun cuando en el fondo reconozcan todos una misma procedencia y filiación. Fichte, Schelling, Krause, Schopenhauer, Hegel en particular y otros muchos, representan lo que se ha llamado el *panteísmo germánico*; donde el primero concibe la idea diabólica de renovar una de las escuelas budhistas anteriores al Cristianismo, y el segundo, afirmando la identidad universal, renueva la doctrina consignada en los Vedas: *Brahma solo existe, y todo lo que no es Brahma es pura ilusión*. Estos sistemas por fortuna yacen ya completamente olvidados.

No sucede lo mismo con el sistema *hegeliano*. Hegel fué el representante más profundo y genuino del panteísmo idealista germánico; su doctrina y teorías son notables por la universalidad de sus aplicaciones y por el organismo sistemático, unitario y enciclopédico que comunican á la ciencia; empero bajo otros conceptos son repulsivas á la filosofía cristiano-católica. En este sistema desarrollado por Hegel se descubre también como base principal y allá en último término, el panteísmo brahmánico; porque así como Brahma es todo para los indios, la *idea* es todo para Hegel.

La filosofía hegeliana se divide en tres partes fundamentales: la *Lógica*, la *Filosofía de la naturaleza* y la *Filosofía del espíritu*, todas ellas representan únicamente evoluciones de la *idea*, y miran con desdén y hasta como inútil el espíritu de contradicción, buscando un apoyo eficaz y seguro en aquel axioma que dice: *Todo lo que es racional es real, y todo lo que es real es racional*.

La concepción de este gran filósofo es gigantesca, abraza una síntesis científica general y sistemática, en la que el concepto de *idea* se irradia por todas partes y direcciones, vivificando los diversos organismos en sus múltiples evoluciones de naturaleza, de Dios, de hombre, de historia de la filosofía, de los Estados políticos, de su libertad, felicidad y últimamente de cuanto concierne al arte, á la religión y á la ciencia.

Hegel ha ejercido una influencia grande, poderosa y fascinadora sobre el espíritu filosófico contemporáneo. Hay entre los modernos pensadores algunos que todavía están dominados por aquella escuela, conservando señalados vestigios de sus doctrinas conservadoras, como Michelet, Noack, Schmidt y Schkarz (Enrique); otros continúan en la extrema izquierda y por consiguien-

te son ateos, entre ellos se hallan Feuerbach y Stirner (este señor unido á otros se ha convertido al Catolicismo); y por último, se podía sin repugnancia colocar á Strauss como el punto medio de los dos extremos, sino se hubiese lanzado en pos de un radicalismo materialista que indudablemente amargaré los postreros años de su existencia.

Diremos aquí siguiendo al Excmo. é Ilmo. Señor Arzobispo de Sevilla, Reverendo Padre Zeferino González: «Justificada y muy justificada, útil y provechosa además sería la influencia científico-literaria ejercida por el filósofo de Stuttgart (Hegel), si la verdad y solidez de la doctrina se hallaran en relación y armonía con la profundidad aparente, con la grandiosidad externa de su sistema. No sucede así, por desgracia: cuando el espíritu, deslumbrado un momento por el brillo esplendente de esa grandiosidad externa y de las majestuosas y bellas proporciones del edificio, penetra en su interior, experimenta amarga cuanto inevitable decepción. La ilusión desaparece por completo para cualquiera que con mirada escrutadora y penetrante llegue hasta el fondo del sistema, en donde descubrirá solo una concepción, cuya base es la nada ó el no-sér, cuya ley interna es el absurdo ó la contradicción, cuya esencia íntima y verdadera se resuelve en panteísmo ateo con todas sus consecuencias y derivaciones lógicas.»

Y al propio tiempo que la escuela de Hegel se propagaba por el orbe filosófico y sus doctrinas avasallaban las inteligencias más sobresalientes y privilegiadas, escribía y publicaba sus estudios y meditaciones otro filósofo influido por el criticismo kantiano, por el escepticismo cartesiano y el panteísmo espinosista; pero buscando con hipócrita afán una solución aceptable para la filosofía cristiano-católica. Federico Krause, contemporáneo de Hegel y que casi bajaron ambos al sepulcro al mismo tiempo, había pasado desapercibido de la generalidad de los hombres pensadores, y sólo después de su muerte lograron sus discípulos, por cierto bastante reducidos en número, fijar la atención de los sabios, sobre todo, en Bélgica y en España.

Los partidarios del sistema krausista sostienen que dentro de su concepción filosófica están los elementos que deben conciliar lo que llaman dualismo cristiano y panteísmo. Este sistema, el krausismo, no es otra cosa más que una fase diferente del panteísmo germánico, el cual á todo conceder, sólo representará y dará á conocer el buen deseo de sus propagadores para armonizar las concepciones antitéticas é inconciliables por su esencia, por su trascendencia y por sus fundamentales principios; tales son, el teísmo cristiano y el panteísmo en cualquiera de sus manifestaciones.

El krausismo fué importado á España por el señor doctor D. Julián Sanz del Río, á quien el Gobierno pensionó para que en Alemania estudiara los sistemas

filosóficos más en boga, teniendo en cuenta las pocas personas que entre nosotros se dedicaban á esta clase de conocimientos (1843), quién, vuelto de su viaje y después de la reforma general de Instrucción Pública que realizó el Excmo. Sr. Marqués de Pidal (D. Pedro José), regentó la cátedra de Historia de la Filosofía, establecida en aquel entonces, en la Universidad de Madrid (1). Casi todos los hombres de algún valer que hoy figuran como eminencias político-literarias, son hijos de dicha cátedra, aun cuando muchos de ellos hayan tomado después un rumbo diferente al del Maestro. Nos consideramos en el deber de decir cuatro palabras sobre el sistema y teorías de Krause, que predominan hoy en nuestras escuelas oficiales, no para encomiarlo á nuestros lectores sino para que se conozcan algunos de sus principios fundamentales, y sirva de aviso á aquellas personas sensatas que dirigen la educación de la juventud que ha de dedicarse á una carrera literaria.

Tarea por cierto enojosa para la cual tendremos á la vista las opiniones respetabilísimas de ilustres Prelados y Sacerdotes, y la de Profesores que gozan de gran celebridad en el mundo filosófico en el último cuarto del siglo XIX.

(1) Hemos creído ver cierta emulación acerca el iniciador del nuevo Plan de estudios, que en 1854 vino á reorganizar nuestra abandonada instrucción pública. Muchos de nuestros sabios, y entre ellos algún escritor ilustre dice, que lo *mandó formar* el Excmo. Sr. D. Pedro José Pidal ministro del Interior ó de Fomento, al ver el estado desastroso y de pura desidia de los claustros, los cuales presentaban una idea triste y desconsoladora de nuestra enseñanza, y, sobre todo, de nuestra civilización.

El mal venía de muy antiguo. Los claustros tenían autonomía propia, cada uno se regía por sus especiales constituciones y atendía á las necesidades de su escuela por medio de acuerdos.

Los monarcas habían dictado distintas disposiciones y aun especiales planes de estudios, para dirigir la enseñanza general del Reino, que siempre venían á estrellarse en la inercia de los Claustros y en los partidos que se formaban en su seno. Verdad que la Teología, los Cánones y las Leyes dieron alguna vez señales evidentes de prosperidad; pero en cambio la filosofía era elemental y se quedó rezagada, las ciencias exactas, físicas y naturales estaban desconocidas en absoluto, y la medicina separada de la cirugía era incompleta, pobre y teórica solamente. A todos estos males podemos añadir los que provenían de los trastornos políticos que desde el comienzo de nuestro siglo venían socavando el espíritu de la sociedad española. El plan de estudios de 1807, las reformas, aunque interinas, de 1805 y siguientes, el plan de 1821 y el de 1824 su antagónico, la creación de un Centro oficial ya con el nombre de Inspección ó Dirección general de Instrucción pública, después las reformas que se iniciaron emanadas de este centro, el proyecto-plan del Excmo. Sr. Duque de Rivas, y demás disposiciones dictadas durante la Regencia, hasta alcanzar el plan de 1845; todo revela que los Gobiernos no perdían de vista la Enseñanza pública y deseaban organizarla de un modo conveniente dándole unidad y separándola de la anarquía en que la colocaran los Claustros. ¿Pudieron conseguirlo? No sabemos que contestar. Sólo diremos, que se comparen los Universidades de los tiempos que nosotros alcanzamos con las actuales; es decir, desde 1818, 1827 y 1838 con el estado que tenían en 1850 ó que tienen hoy. Si en España había algún centro que marchara con los adelantos del siglo, debemos buscarlo en las escuelas especiales, en alguna que otra escuela particular puesta bajo determinados patronos y en los Colegios de Medicina y Cirugía de Madrid y Barcelona. En la revolución del 68, se

¿Qué importancia filosófica conceden los sabios á la concepción krausista? Bien poca; casi ninguna. Como escuela, y escuela que tenga en la exposición ó en el fondo alguna originalidad, ha merecido las más amargas y severas censuras, demostrándose que participa del subjetivismo de Fichte y de la doctrina de Schelling, del panteísmo de Espinoza y hasta de un escepticismo inicial; pues busca su punto de partida en la duda universal de Descartes. El señor Menéndez Pelayo en el tomo III de los *Heterodoxos*, hablando de Krause, dice: «La escuela krausista, modo alemán del eclecticismo, se presenta, después de cosechada la amplia mies de Kant, Fichte, Schelling y Hegel, con la pretensión de concordarlo todo, de dar á cada elemento y á cada término del problema filosófico su legítimo valor, dentro de un nuevo sistema que se llamará *racionalismo armónico*. En él vendrán á resolverse de un modo superior todos los antagonismos individuales y todas las oposiciones sistemáticas: el escepticismo, el idealismo, el naturalismo entrarán como piedras labradas en una construcción más amplia, cuya base será el criticismo kantiano. La razón y el sentimiento se abrazarán estrechamente en el nuevo sistema. Krause no

quiso emancipar la enseñanza de la tutela oficial, se habló de libertad de enseñanza, se dictaron algunos decretos dando autonomía á los Claustros, y... no queremos recordarlo: á haber durado dos años más aquel desbarajuste en la enseñanza, hubiéramos alcanzado otra vez un atraso peor que el que teníamos en 1818; porque entonces las clases trabajadoras, agrícolas y mercantiles, pocas veces se acordaban de la Universidad, mientras que ahora todas aspiran á un título académico sin tener en cuenta la necesidad de estudiar.

Nos dice el Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo hablando de este asunto, en el tomo III de los *Heterodoxos*, pag. 638: «En suma: nada de lo que quedaba en las Universidades españolas el año 45 merecía vivir (respondan por nosotros todos los que alcanzaron aquellos tiempos y vieron por dentro aquella grotesca anarquía del cuerpo docente). En este sentido, el plan de estudios era de necesidad urgentísima, y fué gloria de D. Pedro J. Pidal haberle mandado formar. Y aquí cumple advertir (porque justicia obliga) que nunca estuvo en su mente, y así lo declaró cien veces de palabra y por escrito, convertir aquella reforma en un plan de enseñanza anticlerical, antes reprobó siempre el espíritu de hostilidad á la Iglesia, que informa el libro *De la instrucción pública en España* (1), publicado años después en defensa é ilustración de aquel plan por un subalterno suyo, oficial de la Dirección entonces, D. Antonio Gil y Zárate, que tuvo parte no secundaria en la redacción del proyecto juntamente con los Sres. Revilla y Guillén. El libro de Gil y Zárate es oración *pro domo sua*, y aun para ésto no hubiera sido preciso amontonar tantas impertinencias contra los Papas, los Jesuitas y los Escolásticos.»

Fieles nosotros también al principio del Sr. Menéndez Pelayo, que *justicia obliga*, diremos cuatro palabras acerca del autor de aquel plan general de Enseñanza pública, que se ha venido cono-

(1) Madrid imp. del Colegio de Sordo-Mudos; tres tomos, el primero de 371 págs. el segundo de 340 y el tercero de 382.

El Sr. Gil y Zárate quiere atribuirse toda la gloria y la responsabilidad del plan. Hace bien y nadie ha de disputársela. (Nota del Sr. Menéndez Pelayo).

rechaza siquiera á los místicos: al contrario, él es un teósofo, un iluminado y sentimental, á quien los filósofos trascendentales de raza miraron siempre con cierta desdeñosa superioridad, considerándole como un filósofo de logias, como propagandista francmasónico, como metafísico de institutrices, en suma, como un charlatán de la alta ciencia, que la humillaba á fines inmediatos y no teóricos.» Y el señor D. Francisco Caminero en su erudito discurso antes citado, ha consignado (pág. 36), que «Krause era ferviente masón, y tenía por lo tanto determinadas tendencias respecto á religión y política: esas tendencias, ó mucho me engaño, han logrado más en su favor que el sistema filosófico no exento de escepticismo inicial,—que nunca logra vencer ante el severo juicio de los que le estudian debidamente,—con manifiestas imitaciones cartesianas en el método, y conformidad real, aunque disimulada y negada por los adeptos, con el panteísmo de Espinoza, de Schelling y de Hegel.»

El krausismo, copiando á Descartes, comienza por la intuición del *yo*, como percepción no adquirida, y elevándose por el principio de razón suficiente, llega al conocimiento del Sér ó de Dios. Aquí no se busca aquel conocimiento

ciendo y aún se conoce con el nombre de *Reforma de Pidal*: justo será darle á cada uno lo que de suyo le pertenezca.

Ante todo cumple á nuestro deber protestar, y *protestamos de la manera más solemne*, que nuestro ánimo no es rebajar en lo más mínimo el mérito que pudiera contraer ante la posteridad cualquiera de aquellos señores excelentísimos, ya como Ministro del ramo, ya como Director general ó bien como oficiales de este Centro directivo. Somos muy viejos; desde el año 33 hemos pertenecido al profesorado oficial en una Escuela de aplicación dependiente del Real Conservatorio de Artes de Madrid; en la Reforma pasamos á la Universidad, y teníamos el honor de conocer personalmente á todos estos Señores.

Es la verdad, que desde el año 40 al 43 se dictaron por el Gobierno algunas disposiciones encaminadas á mejorar los sueldos del profesorado universitario y reponer en sus cátedras algunos catedráticos separados durante anteriores trastornos políticos. Entonces se pensó llevar á debido efecto un nuevo Plan general de enseñanza, el cual fué iniciado y desarrollado por el oficial ó jefe de Sección del Ministerio del Interior ó Fomento, que ostentaba, que sepamos, las borlas de Teología, Cánones y Leyes; persona muy instruida y competente, que recordamos fuese natural de Zaragoza y llevaba por nombre de pila D. Inigo (no estampamos un apellido por temor de confundirlo con otro); á este señor le vimos en 1844, Director de las Compañías de Diligencias generales de Zaragoza y Francia.

He aquí, pues el autor de aquel plan, cuya bondad no pretendemos analizar. Si el Ministro que le prolió dándole su nombre notó en él, *algo* que no se armonizaba con sus principios y hasta con sus creencias católicas; ¿por qué no lo tachó?

El señor D. Antonio Gil y Zárate era uno de los subalternos del Negociado y pudo intervenir en la obra de D. Inigo ó al menos conocerla, saber que no pudo plantearse por temor al aumento que ocasionaba en el presupuesto, y sacarla del olvido cuando se presentó ocasión oportuna. Se hallaba también en aquel Negociado en calidad de escribiente, D. Manuel García Baeza, quien

adquirido por medio de la conciencia, siguiendo la escuela cartesiana; esto es, del *yo* activo ó pasivo, cosa pensante, sensitivo, sujeto ú objeto; porque Krause acepta un *yo indeterminado*, que no puede llamarse intuición inmediata, y no obstante ha sido la base fundamental para llegar á Dios, y el eje sobre que ha girado la existencia y determinación de los conceptos naturaleza, espíritu y humanidad.

El sistema de Krause se divide en dos partes: la *intuitivo-analítica* y la *deductivo-sintética*, ó sea la *subjetiva* y la *objetiva*.

La *ciencia*, en el verdadero y genuino sentido, según el krausismo, debe ser una y entera, constituyendo un todo cierto é indubitable, informado y vivificado por un solo principio, que á la vez sea principio de ser y de conocer; principio tan evidente que el mismo escéptico tenga precisión de admitir como condición de su duda. Y si bien la unidad de la ciencia sólo puede ser verdadera cuando el objeto fundamental sea uno y sólo uno, la ciencia no excluye ni su objeto elimina ni mucho menos niega, la pluralidad y la variedad. Así vemos que en todo sér organizado donde impera la unidad del principio vital y de la ciencia, no por ello dejan de realizarse la variedad de manifestaciones bajo las cuales se representa la vida, ni la multiplicidad de fenómenos que se producen por su influencia.

De suerte, que el conocimiento cierto é inmediato, punto importantísimo de donde parte la ciencia, debe encontrarse en todo espíritu sin otro conocimiento de certeza inmediata ó preparatoria; porque en este caso la certeza ó el conocimiento preparatorio serian cada uno de por sí el punto de partida de la ciencia.

Y Krause pretende saber, si en la conciencia de cada hombre existe ese conocimiento cierto con certeza inmediata, y dice: «Desde luego y bajo el punto

puso en limpio dicho plan de enseñanza pública: este señor fué luego oficial de la Dirección general, y murió siendo Catedrático de Toxicología práctica de la Universidad de Madrid, para lo cual se dividió en dos la asignatura que regentaba el Doctor D. Pedro Mata.

Con estos datos, que no queremos, por cierto, darles mayor extensión, se comprenderá fácilmente, que aquel *Plan de Estudios* estaba confeccionado por una persona muy competente, doctor en tres facultades (tal vez en cuatro), y cuya competencia era reconocida por cuantas personas figuraban entonces en la república de las letras y de las ciencias. El señor Gil y Zárate contribuyó en lo que pudo por aquel entonces, como oficial del Negociado, y el manuscrito estaba de puño y letra de García Baeza.

Entrado el año 45, y considerando el Gobierno llegado el momento de reorganizar la enseñanza, salió á luz el Plan de Estudios, que conocía perfectamente el señor D. Antonio, y se puso en ejecución por el Ministro del Interior ó de Fomento. Seamos justos, que justicia obliga: ¿qué podía comprender este señor de Derecho, Filosofía, Medicina, Ciencias y Farmacia, á pesar de ser un buen literato é inspirado poeta?

de vista de la conciencia ordinaria, el que haya comprendido la pregunta responderá: sí; encuentro en mi tres conocimientos ciertos, con certeza inmediata, tales son: *primero*, el de mi mismo, el de mi *yo*; *segundo*, el de mis semejantes, el de otros hombres; *tercero*, el de los objetos corporales, ó de las cosas exteriores...

«Analizando, determinando y comparando, dice el Excmo. é Ilmo. Señor Arzobispo de Sevilla R. P. Zeferino González, cuando habla del krausismo, lo que la conciencia, la razón y la experiencia descubren dentro y fuera del *yo*, adquiere el hombre la convicción, bien que anticientífica, ó si se quiere la presunción, de la existencia de la razón ó espíritu, de la naturaleza y de la humanidad, los cuales constituyen tres esferas ó reinos del Sér, infinitos cada uno en su género, y conteniendo cada cual un número infinito de seres de su orden; por ejemplo, que el número de los espíritus finitos contenidos en el espíritu, es infinito.

»Este triple concepto del espíritu, la naturaleza y la humanidad, al cual llega el entendimiento por evoluciones lógicas, aunque precientíficas, hace surgir espontáneamente la presunción ó presentimiento de la necesidad de un sér infinito, absoluto y superior por ende á los tres seres expresados, en el cual y por el cual tengan su fundamento uno y su esencia: este sér no es otro que el mismo Dios, cuya esencia es toda esencia, y fuera de la cual nada es ó sólo existe la nada.»

Empero se nota desde luego, que en este procedimiento intuitivo-analítico hay ciertos juicios ú opiniones mal presentados y peor comprendidos, que conducen á ver el sér uno y absolutamente infinito, que por una transición arbitraria, se convierte de presentimiento en intuición de Dios. Además la idea que uno se forma de continencia, causa, límite, fundamento, finito, infinito y otras de más ó menos valer é importancia en este *processus*, no puede apreciarse en su alcance filosófico sin dejarse arrastrar á errores fundamentales; y como dice el señor Caminero: *Se creen* (dirigiéndose á los alumnos dóciles é inexperimentados) *ver á Dios, como el famoso personaje de Cervantes creía ver muchas cosas.*

En esta intuición del sér ó de Dios, está, según Krause y sus discípulos, el lazo de unión entre el movimiento analítico que termina y el sintético que comienza, transformando en conclusiones científicas aquellas *anticipaciones racionales*, como las calificaba el señor Sanz del Río, que no son más que postulados hipotéticos, suposiciones gratuitas, ideas peculiares á la razón general, que encuentran su significado en el lenguaje vulgar de cada pueblo.

Como aplicaciones y deducciones del principio fundamental, Krause y sus discípulos establecen varias tesis en la parte sintética, que el Excelentísimo

é Ilustrísimo Señor Rdo. P. Zeferino González, presenta de la manera siguiente:

«a). Dios es la esencia una, infinita y total, fuera de la cual nada hay: es el sér indeterminado é infinito, todo el sér, y por consiguiente es todo lo que es, realidad ó esencia inmanente en todas las cosas; si bien cuando este sér es comparado con la naturaleza, el espíritu y la humanidad, en cuanto representan esencias determinadas y finitas, puede decirse trascendente y distinto del mundo. Sin embargo, esta trascendencia y distinción tienen más de nominales que de reales, toda vez que la relación del mundo con Dios, es como la relación de la parte con el todo, lo cual excluye la verdadera trascendencia, y no se puede decir que el mundo es *otro* con respecto á Dios.

»b). Así como la esencia de Dios, considerada como esencia una, entera é infinita, contiene en sí todos los seres finitos, no ya sólo como la causa al efecto, sino como el todo á la parte, y como sér idéntico y *no otro* respecto del mundo, así también es una vida; y siendo además el organismo de todos los seres finitos, síguese de aquí que la vida de Dios contiene en sí la vida de la razón, de la naturaleza y del espíritu. Pero esta vida una de Dios, no es eterna, ni inmutable, sino que por el contrario, es producida libremente por el mismo Dios, de manera que está en un desarrollo ó *feri* continuo ó perpetuo; y como quiera que la vida del hombre está contenida esencialmente en la vida de Dios, síguese de aquí que vivir, para el hombre, es realizar la esencia divina, convirtiéndose en actual posible lo virtual de la misma. La voluntad libre del hombre representa y entraña un poder eterno (porque eterna y divina en su esencia es la vida del alma), en virtud del cual comunica existencia y realidad á lo que era puramente posible.

»c). Esta teoría de la vida y de su desarrollo en Dios y en el hombre, nada tiene de extraña, toda vez que Dios es el fundamento temporal de su misma vida, y que Dios se determina á sí mismo perennemente en el tiempo, realizando su propia esencia por medio de determinaciones infinitas.

»d). La libertad humana ó finita, puesto que es un desarrollo y realización de la esencia y vida de Dios, es producida eternamente en Dios y por Dios; de donde se infiere que hasta el mal uso de aquella libertad es producido ó causado en Dios por Dios.

»El bien es la esencia misma de Dios, esencia que éste realiza en la vida por medio de determinaciones y desarrollos sucesivos y permanentes en el tiempo. Y como quiera que la vida y la libertad del hombre son una parte, una determinación de la vida y de la libertad de Dios, el bien para el hombre consiste en realizar una parte de la esencia de Dios. De aquí el imperativo categórico ó precepto fundamental del orden ético: *quiere y obra el bien por el*

bien, ó sea por que es una parte de la esencia divina como realizable y realizada en el tiempo.

»Según queda apuntado, la doctrina expuesta contiene solamente las líneas generales del sistema krausista. Hacemos aquí abstracción de otros puntos menos fundamentales, pero que constituyen aplicaciones y consecuencias más ó menos inmediatas y lógicas de los principios establecidos. Tales son entre otros, la eternidad de la materia; la negación de la creación *ex nihilo*; la pre-existencia *ab eterno* de las almas humanas; su inmortalidad en sentido espiritista ó sean sus transformaciones y encarnaciones en diversos puntos del espacio y del tiempo; la persecución por parte de las mismas de un ideal infinito, y por ende inasequible; el origen espontaneo del lenguaje; con algunas otras tesis é ideas semejantes que encontramos en Tiberghien, Sanz del Río y otros discípulos.»

Á continuación presenta el mismo Excelentísimo Señor Arzobispo de Sevilla, una Crítica razonada, que copiada á la letra es como sigue:

«CRÍTICA: En nuestro sentir, la concepción filosófica de Krause representa un ensayo de conciliación entre el panteísmo y el teísmo cristiano; y aquí debe buscarse precisamente la causa de su fracaso y de sus errores; porque no podía menos de fracasar una tentativa que tenía por objeto armonizar, fundir y conciliar cosas absolutamente incompatibles é inconciliables. Todos los esfuerzos de Krause y de sus discípulos, no lograron ni lograrán jamás llenar el abismo profundo que separa el teísmo cristiano del panteísmo. Porque el teísmo cristiano que afirma la pluralidad de esencias finitas y su distinción real y sustancial de la esencia y existencia de Dios; el teísmo cristiano que afirma la trascendencia perfecta de Dios y su existencia extramundana; el teísmo cristiano que afirma que el mundo y todos los seres que contiene, inclusa la materia, comenzaron á existir con el tiempo y no desde la eternidad, y fueron producidos ó sacados de la nada, lleva consigo la negación radical del panteísmo, cuya tesis entraña la afirmación de una esencia que constituye el fondo esencial de todas las cosas, y fuera de la cual no hay esencia ni sustancia alguna que sea *otra* ó distinta de aquélla; que afirma la immanencia de la sustancia divina en el mundo; que afirma la eternidad de éste y de la materia, y que niega su producción *ex nihilo*. Y el sistema de Krause, que contiene todas estas afirmaciones, es un sistema esencialmente panteísta, á pesar de todas sus reclamaciones en contra, de todos sus alardes de panteísmo y del empeño que pone en emplear fórmulas de locución semejantes á las empleadas por el teísmo cristiano para significar las relaciones del mundo y Dios.»

»El mundo, dice el krausismo, no está fuera de Dios, sino *en* Dios; no existe al lado de Dios, sino *bajo* Dios; no existe por sí mismo, sino *por* Dios, y el

mundo se compara á Dios como el efecto á la causa, como la parte al todo, como la criatura al Creador, lo cual coincide con la doctrina del teísmo cristiano. Por de pronto el teísmo cristiano no admite que el mundo se refiera ó se compare á Dios como la parte al todo.

»a). Ya porque en el teísmo cristiano, Dios es *quid simplicissimum* que excluye toda composición de partes, aun metafísicas.

»b). Ya porque la sustancia del mundo es absolutamente distinta y diferente de la sustancia divina.

»c). Ya también porque la existencia del mundo es finita en duración y tuvo principio, mientras que la de Dios es eterna y sin principio.

»Añadase ahora, continúa el sabio Prelado, que la semejanza entre las fórmulas del panteísmo y las del teísmo cristiano, es más aparente que real, siendo muy diferente el sentido ó significación que puede y debe atribuirse á algunas de ellas. El mundo está *en* Dios, dice el panteísmo krausista, sobrentendiendo que está como la esencia determinada y particular en la esencia indeterminada y universal, como la parte en el todo, como desarrollo sustancial immanente de la esencia divina; pero el teísmo cristiano, si alguna vez dice que el mundo está en Dios,—locución que no suele emplear—sobrentiende que está en Dios como el efecto está virtualmente en la causa, y también en cuanto que Dios contiene en la simplicidad de su esencia cuanto hay de perfección y realidad en el mundo, no por identidad de esencia, según supone el krausismo, sino de una manera eminente y por equivalencia, si es lícito hablar así, *eminenter*. El mundo no existe al lado de Dios, añade el krausismo, sino *bajo* Dios; y al hablar así, intenta significar que el mundo está *bajo* Dios, porque es una determinación particular y finita, pero esencial é interna de la esencia una, divina; y al decir que no está *al lado* de Dios, quiere significar que la esencia del mundo no es una existencia sustancialmente diferente de Dios, no es una esencia *otra* de la de Dios. Para el teísmo cristiano, que tampoco suele emplear estas fórmulas de locución, éstas sólo serán aceptables en el siguiente sentido: el mundo no está ó no existe *al lado* de Dios; es decir, no es un sér independiente de Dios y extraño á su acción, como suponían los maniqueos; pero sí está al lado de Dios, como sér distinto real, sustancial é esencialmente de Dios: como sustancia *otra* de Dios; el mundo está y es *bajo* Dios, porque y en cuanto todo efecto está subordinado y es inferior á su causa; porque y en cuanto todo sér finito está y es bajo el sér infinito, ya porque es menos perfecto que éste, ya porque depende del mismo en cuanto á su origen, existencia y conservación. Y ésto basta para comprender al propio tiempo en que sentido admite el teísmo cristiano que el mundo es ó existe *por* Dios, no ciertamente porque el mundo sea desarrollo eterno y necesario de la esencia

divina, como supone el panteísmo, sino porque comenzó á ser en virtud de la Omnipotencia y de la voluntad *libre* de Dios, y sobre todo, porque Dios es el que conserva su sér, su sustancia y sus fuerzas, influyendo y obrando continuamente en él, por medio de su poder infinito, según el apotegma de la teología cristiana: *conservatio est veluti continuata creatio*.

»Estas indicaciones son igualmente aplicables á las demás fórmulas tomadas del teísmo cristiano, fórmulas que suelen aducir ó citar algunos partidarios del krausismo, sin tener en cuenta que su significación teístico-cristiana, apenas tiene nada de común con la que le atribuye el panteísmo. Porque el Dios del teísmo cristiano es un Dios cuya esencia es perfectísima é inmutable desde la eternidad, con anterioridad é independencia de todo desarrollo en el tiempo, al paso que el Dios del panteísmo realiza en el tiempo ó sucesión infinita, su esencia, su divinidad.

»Aparte de la tesis panteísta que entraña incontestablemente la concepción de Krause y que constituye su vicio radical, hay en ella otro punto flaco, cual es la afirmación gratuita de la intuición ó visión de Dios. Cuando al llegar al término de la analítica, Krause nos habla de la intuición de Dios como resultado de la ascensión subjetivo-sintética, el filósofo alemán supone y afirma lo que necesita para levantar su edificio, pero no demuestra su realidad y existencia, y por consiguiente transforma en tesis una hipótesis gratuita, y convierte en verdad axiomática lo que era sólo un postulado.

»Por lo demás, el sistema filosófico de Krause mirado en conjunto, considerado por parte de su método y de sus elementos históricos é internos, representa una especie de fusión y conciliación entre el elemento espinosista, el psicologismo cartesiano—cuya influencia se descubre á través del procedimiento ó método subjetivo-analítico,—el idealismo panteísta é intuitivo de Schelling, cuyas reminiscencias y cuyo espíritu se revelan en la parte analítica y en la concepción cosmológica de Krause, y finalmente el etecismo naturalista de Kant, del cual son encarnaciones y derivaciones evidentes el imperativo categórico de Krause, lo mismo que sus *Mandamientos de la humanidad* y la mayor parte de sus ideas morales.»

Y para completar su *crítica razonada* nos dice el Excmo. é Ilmo. Sr. Fray Padre Zeferino González por medio de una *nota*: «El señor Scholten observa, no sin razón, que el Dios de Krause no es otra cosa más que la *sustancia* cuyos accidentes principales son la *naturaleza*, el *espíritu* y la *humanidad* así como para Spinoza estos atributos principales se resumen y condensan en el *pensamiento* y la *extensión*, añadiendo que, en este concepto, Hegel y otros representantes del panteísmo son superiores á Krause.»

Y finalmente, para terminar este estudio sobre el sistema filosófico krau-

sista, copiaremos á la letra la parte crítica que da el ilustrado presbítero Don Antonio Comellas y Cluet en su última publicación intitulada *Introducción á la filosofía ó sea Doctrina sobre la dirección al ideal de la ciencia*. Al examinar la doctrina krausista, dice así:

«Bajo el punto de vista de cada uno de los tres momentos, empírico, abstractivo y deductivo, es vicioso el método krausista.

»En el momento empírico, al tomar el yo por único punto de partida, es inconsecuente, no tiene la extensión debida, y explica falsamente la percepción exterior. Sobre esto mismo decíamos en nuestra *Demostración de la armonía entre la Religión católica y la ciencia*: «Percibimos nuestro yo, ciertos actos de nuestro espíritu, y muchos seres corporales, quedando completamente ciertos de la existencia de estos objetos, por razón de aprehenderlos en percepción ó visión de los mismos. Fuera inconsecuencia admitir alguno de estos objetos sin admitir los demás, porque á favor de todos milita una misma razón. El escéptico, declarando que no sabe nada ó que duda de todo, es inconsecuente; pues á lo más podrá alegar que ve claramente esta duda ó ignorancia suya, cosa que también se verifica respecto de otros muchos objetos. La percepción del yo aun no tiene la claridad por parte del sujeto, ni la precisión y determinación por parte del objeto, que reúnen otras percepciones, señaladamente las de objetos corporales. La percepción de los actos de nuestro espíritu, y la de los objetos exteriores, son conocimientos inmediatos que no se derivan de otro conocimiento; y por tanto, pueden servir muy bien de punto de partida. Para ver un objeto corporal, para percibir un acto de mi espíritu, basta que este objeto, este acto, afecten la potencia perceptiva, y que ésta se dirija á ellos y los aprehenda, sin necesidad de que antes haya visto otros objetos. Decir que nosotros no conocemos las cosas exteriores sino en cuanto percibimos nuestros sentidos y las condiciones especiales en que se encuentran, es afirmar lo que está destituido de fundamento. Si consultamos la experiencia psicológica, hallaremos, por ejemplo, que no vemos nuestro ojo al hacer el acto de la visión, y que la existencia del objeto no la deducimos de las modificaciones de este órgano. Si nos preguntan: que cosa vemos, no decimos que veamos el ojo ó su modificación, sino tal ó cual objeto exterior. Si nos preguntan si existe realmente este objeto, decimos que nosotros mismos lo estamos viendo, pero no contestamos que dada la modificación del ojo haya de existir el objeto por precisión. La fisiología viene á confirmar esto mismo. En cada ojo se pinta una imagen de este objeto en posición inversa. Si nosotros viéramos los objetos en cuanto percibiésemos los órganos y sus modificaciones, habríamos de ver los objetos duplicados y en posición inversa, conforme á la imagen.—La sola percepción del yo no puede elevarnos á la plenitud del

»conocimiento abstractivo, pues no vemos todas las categorías en aquella percepción. Si dirigimos nuestra atención á nuestros actos en concreto, en cuanto á los producimos nosotros mismos, conocemos que obramos, que nosotros somos la causa de tal ó cual acto en particular. Y después que nos hemos conocido á nosotros mismos como causa especial, podemos por abstracción elevarnos á la idea general de causa. La percepción de nuestros actos es algo más que la percepción del solo yo: con ésta sola no encontramos un acto especial de causalidad, ni tenemos el fundamento necesario para la correspondiente abstracción.»

»La elevación al principio de la ciencia, esto es, del conocimiento del sér ó de Dios, no corresponde al momento abstractivo que de necesidad ha de seguir al momento empírico. Para fecundar el terreno de la experiencia son necesarios principios generales; y estos se conocen contemplando lo universal, que es el objeto de las ideas ó conceptos formados en la abstracción. Dos cosas están comprendidas en el momento abstractivo: 1.ª la abstracción ó sea la formación de conceptos ó ideas que expresan lo universal y prescinden de las determinaciones individuales; 2.ª la contemplación de lo universal ó del objeto abstracto para descubrir su contenido.

»Según las declaraciones del krausismo, ni lo uno ni lo otro tiene lugar en su elevación al principio de la ciencia. Este, según afirma Krause, no puede consistir ni en una idea, ni en un juicio, ni en una conclusión. No es una idea; porque ella es pensamiento de lo universal, eterno é inmutable, y así excluiría el conocimiento de lo temporal, de lo individual y de cuanto en la vida es bueno y bello de una manera limitada. Tampoco consiste en un juicio; porque entonces sería un conocimiento subordinado y dependiente, por suponer el de los dos extremos cuya relación se afirma en un juicio. Por fin, no puede consistir en una conclusión; ya que ésta, además de ser un juicio, se funda en otra ú otras proposiciones que son sus premisas. Por tanto, no puede tener ninguno de estos caracteres el principio de la ciencia, en el cual y por el cual son conocidas todas las cosas.

»Asimismo enseña Krause que el principio de la ciencia no es una contemplación de lo universal ó de un objeto abstracto, es «el puro y total pensamiento del Sér,» es una intuición que comprende no solamente lo universal, sino también todo lo individual y finito. Semeja en esto al pensamiento del yo, que abarca lo universal que hay en mí, y las proposiciones individuales.

»Estas doctrinas de Krause están desmentidas por la observación de nosotros mismos. Observando el modo como llegamos á los principios científicos vemos que es formando por medio de la abstracción, conceptos ó ideas y com-

pletando los objetos universales de ésta. Es decir llegamos á los principios trayendo á efecto las dos partes comprendidas en el momento abstractivo. Basta examinar los diversos principios científicos para conocer la verdad de este aserto. Así es, que si formamos el concepto de sér, y contemplamos este objeto universal, vemos el principio de contradicción. Si formamos los conceptos de todo y parte, y contemplamos estos objetos generales, vemos el axioma que el todo es mayor que la parte.

»No trataremos aquí, continúa el sabio señor Comellas, el error de Krause, cuando reduce toda la ciencia á un principio único, ya que después hemos de ocuparnos de esta cuestión. Advertiremos, empero, que Krause invierte el orden de la ciencia al querer elevarse primero á un principio único, á la contemplación del Sér ó de Dios, para encontrar allí las categorías y ver los demás principios de las ciencias. Después del momento empírico debemos ante todo elevarnos á concepciones generales, para ver los principios científicos, y mediante la combinación de estos principios y de los hechos experimentales podemos finalmente conocer la existencia y atributos de Dios. Lo que Krause considera como principio, es para el hombre lo conocido en último lugar.

»Tampoco corresponde al momento abstractivo la elevación de los krausistas al principio de la ciencia, porque en aquel momento, al contemplar el objeto abstracto, no vemos su existencia ni la de su contenido, sino en cuanto nos apoyamos en la experiencia. Contemplando el todo y sus partes, el entendimiento ve que el todo es mayor que su parte; de manera que donde haya un todo, se ha de verificar también el ser mayor que su parte. Para que de hecho exista el todo, y por consiguiente se verifique el ser mayor que su parte, esto no lo sabemos sino por medio de la percepción. La inteligencia ve el enlace del objeto y de su contenido; y las facultades perceptivas han visto la existencia del objeto.—Estos hechos los desconoce el krausismo cuando pretende estar cierto de la existencia de Dios por su sola noción. Al contemplar al Sér infinito, veo encerradas allí su existencia, su sabiduría, etc. Pero por esta concepción no veo la realidad del Sér infinito: para conocerla en el movimiento abstractivo debiera antes haberla visto por medio de una percepción. Y como que esto no tiene lugar tratándose del Sér infinito, no podemos conocer su existencia en el momento deductivo.

»Por fin, no corresponde al momento abstractivo el procedimiento krausista de adoptar en su elevación al principio de la ciencia la noción de Dios dada por el panteísmo, de considerar á Dios como el Sér total, absoluto é infinito. En el momento abstractivo no se tiene por real ninguna cosa contradictoria, porque se sabe que lo contradictorio es imposible. Y el krausismo no repara

en tener por real una de las mayores contradicciones y absurdos, cual es la de un sér que á su tiempo sea infinito y forme un todo. El Sér infinito, á causa de su perfección sin límites, ha de ser simplicísimo; teniendo encerrado su sér en la más alta unidad posible, ha de ser independiente hasta de las partes que lo constituían, á ser un todo. Decir que Dios es un todo y que es infinito, es juntar dos cosas que se rechazan y destruyen mutuamente.

»En el momento deductivo son muchos y grandes los desaciertos de la escuela krausista. No nos detendremos aquí en probar que el mundo no es increado, ni necesario, ni infinito, ni eterno. Bien y sólidamente lo tienen demostrado la teodicea y la cosmología contra las pretensiones del krausismo. Si éste hubiera procedido de la manera debida en el momento abstractivo, no habría adoptado una noción de Dios falsa y contradictoria, ni hubiera tenido ocasión de caer en aquellos errores tocante al origen y propiedades del universo.

»En el momento deductivo desdeña el elemento empírico, y no le aplica los principios metafísicos, puesto que considera suficiente su único principio para ver allí todas las verdades. Si hubiese combinado los hechos experimentales y los principios metafísicos, como hace el escolasticismo, habría conocido legítimamente la existencia, naturaleza y propiedades de seres tocante á los cuales ahora profesa gravísimos errores, ó que á lo menos no conoce por el legítimo procedimiento de intuición verdadera ó de sólida demostración.

»Así, pues, la escuela krausista por una parte exagera las fuerzas del entendimiento humano admitiendo un principio único para todos nuestros conocimientos; y por otra se opone á su pleno desenvolvimiento en cuanto adopta un punto de partida insuficiente, se extravía en su contemplación del Sér, y descuida el elemento empírico en sus deducciones. Por esto es que no ha merecido bien ni de la extensión, ni de la pureza, ni de la solidez de la ciencia.

»Ultimamente, para los krausistas la Religión cristiana es un sueño, cuyos misterios se enseñan sólo á los niños. Salgamos de la infancia, dice Edgardo Quinet, que tiempo es ya que seamos hombres. Para este sabio todo es poco con tal de deprimir á la Iglesia católica, y en sus delirios descubre por todas partes al paganismo con sus olimpos reencarnados en nuestros artistas, poetas y literatos. Digan cuanto gusten los amantes del krausismo: sus conclusiones son anárquicas, impías y socialistas. Y sino, examinad la serie de proposiciones que constituyen sus fundamentales principios. El trabajo, para el krausismo, no es una maldición, sino un deber y un honor; así como el lujo tampoco es un vicio, porque representa la eflorescencia de la civilización. Las

alegrías y los goces de la vida no son un robo hecho á Dios, sino un beneficio del cielo. La miseria tampoco es una necesidad impuesta al hombre, sino una desgracia que debe combatirse á fuerza de trabajo, ó por el crédito y por la acción combinada de las fuerzas sociales. La tierra, lejos de ser una tienda para albergar los peregrinos que suben al cielo, es por el contrario una morada fija y cómoda. La Iglesia separa lo que debiera estar unido; el marido y la mujer, los amos y los criados; y une por la prohibición del divorcio, lo que debía estar separado: y en fin, la caridad universal es un principio nuevo, que no es compatible con un culto exclusivista, que divide á los hombres en fieles é infieles, en elegidos y réprobos.»

Nunca el Catolicismo se ha visto más rudamente atacado por las diferentes escuelas filosóficas ateas y materialistas, que al recorrer la segunda mitad del siglo XIX. Empero, nunca el sentimiento católico ha alcanzado una altura tan elevada y sublime, y su filosofía tan relevantes garantías para la salvación de las almas, como en la actualidad.

En vano niegan unos el espíritu racional del hombre y hasta la existencia del Sér Supremo; en vano otros con pretensiones de cristianos quieren que Dios sea todo para el hombre, y que el hombre, circunscrito á su individualismo, nada sea para con Dios. Y mientras algunos ilusos se pierden en los ideales de la moral y del derecho para emanciparse de toda Religión positiva, los hay que se lanzan frenéticos en el campo de la razón general para disolverse entre una abstracción inconcebible: niegan el orden sobrenatural y acarician con frenesí los infinitos; proscriben la metafísica y se entregan á ilusiones pretenciosas que llaman la filosofía de la ciencia.

Aberraciones son aquellas que los filósofos católicos han desvanecido de una manera absoluta é incontestable, ya recordando las sublimes palabras de Jesucristo *Jam non sunt duo, sed una caro. Quod, ergo, Deus conjunxit, homo non separet*, ya consignando lo que dijo San Pablo: «Ya no hay judío ni griego; ya no hay esclavo ni libre, ni hombre, ni mujer, porque no sois más que uno en Cristo,» ya por último demostrando que la idea del divorcio, disuelve y destruye la familia, anula los santos lazos del matrimonio, aniquila una de las leyes de la naturaleza sancionada por la Religión católica, viola infamemente el derecho de los hijos, hunde la sociedad en inmundo lodazal, y, en fin, escarnece y se burla horriblemente de la debilidad de la mujer. El Mosaismo y el Evangelio, inspirados por Dios, se hallan en perfecta armonía con las condiciones y necesidades del hombre para guiarle por el camino de la virtud, y estas utopías ridículas que desde Platón á Saint Simón y Krause vienen turbando la paz y el bienestar de nuestras sociedades, sólo sirven para demostrar, una vez más, que si la ciencia puede, hasta cierto punto, aliviar